

CUENTO DE PRIMAVERA

LA CALAVERADA

Cuando al fin pudo dormirse, estaba ya al caer la media noche.

Metódico como siempre, de costumbres morigeradas Don José, como le llamaba todo el mundo en la casa de huéspedes y en la oficina, se había acostado a las nueve después de la consabida taza de sucedáneo que Doña Paca le había preparado y que se echaba al colete con los mismos honores que a los buenos cafés de otros tiempos dispensara.

Fatigado por el excesivo trabajo de todo el día y a merced de una excitación nerviosa a la que habían venido a dar pábulo los sorbitos de café de los que no hubiera sabido prescindir, la semioscuridad aburguesada de la habitación ofrecíale en mezcla confusa, una variada gama de figuras quiméricas hijas de la natural agitación de aquel final de mes de oficina.

Como en una película que hiciera un cameramen loco, las escenas de aquellos últimos días se le aparecían ahora en desordenado tropel, arrojándose unas a las otras. Ora era el Mayor con las líneas severas de su caligrafía de clásico sabor, ora el Diario chorreando asientos; ahora era Don Luis con el sonsonete de su voz inalterable, las risas de los jóvenes, el meritorio, la nueva mecanógrafa...

La nueva mecanógrafa era una joven de unos veinte años, de carácter alegre y dinámico; con la maravilla de una sonrisa que parecía eterna en sus labios, y el desconcertante misterio del negro intenso de sus grandes pupilas en rudo contraste con la acuarela de sus cabellos de paja y sol.

De ancho y nervudo cuello y pómulos salientes, era lo que en sus años mozos habría calificado como una belleza exótica.

Don José la había saludado sin levantar la cabeza aquel primer día de su llegada.

Pronto, sin embargo, la bulliciosa Charo reclamó su atención.

Si bien nunca tomó parte en los agasajos y galanteos de que la hacían objeto los demás empleados, no por eso dejaba de admirar a la nueva compañera de la que, por otra parte era él quien mayores atenciones recibiera.

Por cualquier causa que la obligara a pasar por delante de su mesa, por cualquier cuestión que hubiera de dirigirle la palabra, Rosario le hacía

donación de la más graciosa de sus sonrisas.

A la hora de salir, la última despedida, la definitiva la que tancaba caja, era la suya, como para él era la primera salutación de todos los días al entrar en el despacho ya desnuda la cabeza y sin el abrigo que venía de dejar en el cuarto del vestuario:

—¿Cómo ha pasado la noche Don José?

Obvio es decir que, sin embargo, nunca se hizo ilusiones de ninguna clase, y menos de cierta clase.

Ya entrado en años, de carnes fofas y piel apergaminada, sabía muy bien Don José que había pasado ya para él la época de los éxitos juveniles.

Y a pesar de ello...

Sería imposible señalar con precisión el momento en que se fijó en ella por primera vez, o el momento en que por primera vez la miró como la miraba ahora.

Pero es lo cierto que desde aquel instante no dejó de observar uno solo de sus actos; las bromas inocentes con el meritorio, la habilidad con que desviaba las de moralidad dudosa del elemento joven, el cambio de un sombrero o de un vestido, el nuevo peinado, el eterno perfume...

El retoque de los labios terminado el trabajo y, sobre todo, el arreglo del cabello al ponerse el sombrero, era para su sensualidad la mejor de las fiestas.

El vestido verde claro de blusa afaldonada que Rosario lucía en aquel primer día de primavera crecía ahora ante sus ojos en transparencias y pecaminosidades.

* * *

Cuando, vencido por el sueño, al fin pudo dormirse, estaba ya al caer la medianoche.

Y, poco a poco, disipáronse las sombras. Desapareció el mayor y Don Luis y los jóvenes... pero la figura de Rosario, refugiada en un repliegue del subconsciente, flotaba aun en el aire más vivaracha que nunca, más juguetona y risueña de lo que nunca hubiera imaginado.

La veía pintarse los labios, alzar los brazos para arreglarse el sombrero...

Y estaba allí, bajo su mismo techo dentro de su mismo cuarto sonriéndole, celebrando sus bromas, aceptando sus caricias...

Don José era feliz.



* * *

A la mañana siguiente, ya en la oficina, Don José equivocó las sumas y dijo cosas incongruentes.

Cuando llegó Rosario, estaba atareado en unas extrañas maniobras de toma y deja con la pluma y el cigarro que acababa de encender.

A la salutación de todos los días —¿Qué? Cómo ha pasado la noche?— Don José enrojeció hasta el blanco de los ojos y echó a perder en el finero, una magnífica colilla tres cuartos que apenas si había empezado a chupar.

Pedro Gornals Barniol